

medio de poder prestar algún servicio al Estado era la prensa, y sus enemigos se hubieran alegrado mucho de verle comprometido en semejante agresión, y echar mano de las groseras armas que la multitud podía manejar tan bien ó mejor que él mismo.

La obra que Milton dió á luz en 1641 se titulaba: *De la Reforma en Inglaterra, y de las causas que la han frustrado hasta ahora. Escrito á un Amigo*. El autor habia manifestado en su *Licidas* que la condicion de la Iglesia anglicana estaba muy distante de satisfacerle; y véanse las elocuentes palabras con que describe el origen y principios de la Reforma en el siglo XVI: «Mas para no recargar más el cuadro de las iniquidades de la Iglesia, de cómo nacieron y de cómo tomaron cuerpo; cuando recuerdo por fin despues de tantos siglos de tinieblas, en que la negra sombra del error ha ocultado todas las estrellas del firmamento de la Iglesia, cómo la brillante y bendita Reforma ahuyentó con el divino poder la negra y pesada noche de la ignorancia y tiranía anti-cristiana, me parece que un nuevo é indecible júbilo debe animar el pecho del que lee ú oye, y que el suave placer de ojear el Evangelio debe inundar su alma en celestial fragancia. Entonces se difundió la Sagrada Biblia hasta los últimos rincones de que la profana falsedad y menosprecio la habian arrojado; se abrieron las escuelas; la ciencia divina y humana volvieron sus acentos á las lenguas que habian enmudecido; los príncipes y ciudades se agolparon al punto bajo la nueva bandera de salvacion, y los mártires, con la irresistible fuerza de su debilidad, quebrantaron el poder de las tinieblas, y triunfaron de la fiera rabia del antiguo dragon.» De este lenguaje deducirá el lector el fervor y animacion de estilo con que está escrito el folleto. El impulso que debió nacer de semejante cambio quedó paralizado; y las causas fueron varias, entre ellas la injusta preferencia que se dió á los obispos, cuya afición á pomposas ostentaciones, consecuencia natural de la falsa posicion en que se les colocaba, dicese que los convirtió en grandes corruptores, en vez de ser, como su título lo indica, padres espirituales de la Iglesia.

Esta publicacion debió ver la luz á principios de 1641. Fué seguida inmediatamente de otra, *La Humilde Manifestacion en favor del Episcopado*, debida á la pluma de Hall, obispo de Norwich, excitado por el arzobispo Laud para tomar parte en esta cuestion. En respuesta al obispo apareció de allí á poco una obra con el título de *Smectymnuus*, nombre formado por las iniciales de los cinco

teólogos puritanos que se encargaron de escribirla. Esta contra-réplica puso en un conflicto al arzobispo Usher. Milton contestó á la *Institucion apostólica del Episcopado*, escrita por su excelencia, con dos tratados, el uno sobre la *Pre-lacia episcopal*, y el otro que se decia *Razones del gobierno de la Iglesia*. El obispo Hall publicó entonces una defensa de su *Manifestacion*, á la cual tardaron poco en seguirse las *Advertencias* de Milton. Todos estos escritos aparecieron ántes de espirar el año 1641.

Profunda fué sin duda la impresion que produjeron los folletos de Milton. En 1642 se dió á luz un volúmen titulado: *Modesta Refutacion contra un Libelo calumnioso y grosero*, el cual se consideró generalmente como debido á la pluma del hijo del obispo Hall. Á los infundados ataques que dirigia esta obra contra el carácter privado de Milton, contestó él victoriosamente en su *Apologia del Smectymnuus*.

El éxito de las apasionadas controversias sobre este asunto se vió primero en la expulsion de los obispos de la Cámara de los Lores, y finalmente en la supresion de aquella clase; mas el demostrar hasta qué punto contribuyeron los escritos de Milton á este resultado, haria preciso detenerse en su análisis, y las condiciones de esta breve memoria nos impiden entrar en cuestiones semejantes.

Pasados los borrascosos años de 1641 y 1642, hallamos á Milton en sosegada compañía con sus pupilos, ó meditando sobre el gran poema que tenia pensado, y de que habia anticipadamente hablado con pomposos anuncios en su *Apologia del Smectymnuus*. Recordando los esfuerzos que le costó exponer sus opiniones sobre la educacion, naturalmente tenemos curiosidad de ver cómo las pondria en práctica; mas por desgracia los hechos están muy lejos de corresponder á las esperanzas. Debemos suponer que bajo la direccion del autor del *Comus* y del *Allegro* y el *Penseroso*, sus pupilos estarian familiarizados con los más acabados y brillantes modelos que podia ofrecer una biblioteca clásica. No sucede nada de esto. Los libros que debiéramos hallar en primer término, tales como Virgilio, Horacio y Ovidio, ceden el puesto á Lucrecio, Manlio y otros prosistas de los inferiores y ménos inteligibles en materia de lenguaje. No se hable de Tácito, de Livio ni de Ciceron. En el curso de autores griegos, no se tropieza con un solo trágico, orador ni aún historiador, á excepcion de algunos fragmentos de Jenofonte. La idea de Milton parecia ser que con adquirir el conocimiento de la lengua, la comprension de sus bellezas vendria por sí. Debemos añadir que los

discipulos de este único establecimiento tenían que aprender hebreo y leerlo, comparándolo con el caldeó y el siriaco. No se olvidaban las lenguas modernas; y los domingos, Milton acompañaba la lectura del Nuevo Testamento en griego con oportunas explicaciones, con ciertas teorías de lectura y con algunas ideas respecto á la divinidad.

Johnson pregunta satíricamente, qué grandes hombres produjo aquella «admirable academia.» Un preceptor de enseñanza hubiera debido saber que el que lo es, ha de aspirar á desenvolver la capacidad, y que donde no hay gérmen alguno de esta capacidad de comprensión, en vano es dirigirse á ella. No dudamos que Milton enseñaría muchas cosas que se pueden aprender en cualquier libro impreso. Un autor que debía pasar por bien informado, dice que puso á sus sobrinos en disposición de interpretar los autores latinos á primera vista en el espacio de doce meses, y que así como era severo bajo un aspecto, bajo otro se mostraba franco y familiar en su conversacion con aquellos de cuya educacion estaba encargado. Su sobrino Philips añade que si sus pupilos hubieran recibido sus lecciones «con la penetracion y profundidad, el ingenio, actividad y sed de saber de que estaba dotado el maestro, hubieran sido unos prodigios de talento y ciencia.» Por este último sabemos además que Milton tenía en este tiempo amigos personales que se contaban entre «los pisaverdes de aquella época,» y que de cuando en cuando se daba á bromear con ellos, haciendo fiesta lo mismo para sus pupilos que para él.

En algunos de estos «alegres días,» como ellos los llamaban, y en otros de alguna más sobriedad, suponemos que Milton hacia lo que hacemos todos, convencido á veces de que un hombre no es bien que esté siempre solo; pero la vida propiamente de calavera, ni en aquella ocasion era compatible con el vivo interés que le inspiraban los asuntos públicos, ni con los propósitos que abrigaba de llegar á ser útil y servir exclusivamente á su país. En aquellos días residía en Forest Hill, unas cuatro millas de Oxford, una familia llamada Powell. Era numerosa, y el cabeza de ella, Ricardo Powell, un magistrado que vivía con el desahogo de persona muy bien acomodada. Antes de que el padre del poeta abandonase á Bread Street, habían existido relaciones y negocios de intereses de alguna cuantía entre él y Powell, y en estos asuntos pecuniarios tuvo Milton alguna intervencion directa y legal. Al trasladarse los Milton á Horton, debemos suponer que ambas familias, á causa de la mayor proximidad, se tratarían con más frecuencia;

mas sea de esto lo que fuere, sabemos por el sobrino del poeta, entónces en su compañía, que por la pascua de Pentecostés de 1643, «emprendió un viaje por el país, cuyo objeto, ó no se sabía, ó era con alguno más que un mero pasatiempo. Ello fué que al cabo de un mes, el que salió soltero volvió casado con Maria, la hija mayor de Ricardo Powell, que entónces era juez de paz en Forest Hill, cerca de Shotover, en Oxfordshire.» Milton tenía que reclamar un dinero de su cuñado al tiempo de su casamiento, y que recibir, creemos que con el importe de su deuda, 1,000 libras por vía de dote; pero ni este ni aquella llegó á cobrar jamás, por razones que indicaremos luego.

Entónces se mudó á su nueva casa de Barbican, á la cual llevó á su mujer, acompañándola algunos de sus parientes para pasar las fiestas de la boda, que duraron algunos días, y á que concurrieron también varios amigos de la novia. Maria Powell es de creer que fuese una jóven de bella figura y agradable trato, pero ignoramos si tendría del mismo modo otras buenas cualidades. Á las pocas semanas de su llegada á Lóndres, se recibió una carta invitando á mistress Milton á regresar por breve tiempo á su país; ella se mostró dispuesta á aceptar la invitacion, y probablemente la provocaria. Su esposo no puso dificultad en complacerla, pero exigió que no difriese su regreso más allá del día de San Miguel. San Miguel llegó y la perezosa señora no parecía; Milton escribió una y otra vez, y ninguna de sus cartas mereció respuesta; despachó un propio con este objeto, y parece que se le despidió sin hacerle caso. Nuestro poeta era un hombre profundamente virtuoso: llegó á lisonjearse con la esperanza de que casado seria feliz; pero esta esperanza tardó poco en desvanecerse.

¿Á quién debe atribuirse la culpa de semejante desengaño? Los hombres dados á la vida pública pueden ser maridos cariñosos, mas por necesidad tienen que renunciar á la insistencia no interrumpida de su cariño. Las mujeres que se casan con semejantes hombres, deben no sólo desear que sus maridos sean personas de suposicion, sino apechugar con los inconvenientes que esto trae; y hay pocas mujeres que transijan así consigo mismas. Atendiendo á la vida puramente intelectual á que estaba entregado Milton, á su ardiente temperamento y á la energia de voluntad que le caracterizaban, preciso es confesar que las probabilidades de que hiciese un matrimonio feliz, no eran muy grandes. En favor de Maria Powell puede alegarse que su familia era de realistas; que en su casa, generalmente bulliciosa, probablemente reinaria mas animacion de la acostumbrada por la pre-

sencia de los caballeros que en aque tiempo moraban cerca del Rey en Oxford; y que la transicion de la vida doméstica en casa de su padre, á la que tenia con Milton en Barbican, no era para halagarla mucho; pero por otra parte debe considerarse que los principios de Milton y la vehemencia con que los profesaba, eran tan conocidos, que no podian ignorarse en Forest Hill, siendo un error creer que su casa habia de ofrecer escenas divertidas, y no ocupaciones formales y severas. En la época de este matrimonio, la fortuna de los Parlamentarios andaba un tanto decaida; para muchos, y especialmente para los partidarios del Rey en Oxford, era más que probable que la balanza se inclinase en favor de los realistas, tanto que el sobrino de Milton, Philips, supone que esta consideracion bastó para que la familia tratase de cortar unas relaciones que, segun el rumbo que tomaban las cosas, podian llegar á serle perjudiciales. Si esto era realmente la causa que los movia, no necesitamos decir más para encarecer su egoismo, injusticia y crueldad.

No puede, sin embargo, negarse, á nuestro modo de ver, que tanto Juan Milton como Maria Powell se equivocaron. El desvio de Maria Powell á su nuevo estado, parece que consistió no tanto en su amor á las diversiones, dado que su carácter era más flemático que animado, sino en su incapacidad para hacerse agradable á un hombre de talento. Podrá decirse que Milton hubiera debido considerar este defecto de antemano, y abstenerse de contraer tal compromiso, y en este punto la verdad es que no dejó de equivocarse. La familia, con todo, trató de persuadirle de que semejantes genialidades eran naturales en una jóven, mayormente tan á los principios, y que poco á poco iria renunciando á ellas. Pero cualesquiera que fuesen los defectos que Milton hallase en su mujer, estaba resuelto á sufrir las consecuencias del paso que habia dado. Él no se separó de su esposa: ella fué la que le abandonó, añadiendo al abandono el insulto, no sólo por su parte, sino por la de sus amigos.

Debemos recordar que Milton vivió lo bastante para casarse con tres mujeres. Con la segunda fué completamente feliz; el bello soneto que dedicó á su memoria, confirma sin duda esta asercion. Con su tercera esposa pasó los diez últimos años de su vida en la más estrecha union, y de esto no tendremos la menor duda al ver el magnánimo proceder con que se condujo respecto á Maria Powell y á sus inconsiderados parientes. Á medida que se acercaba á su edad media, fué haciéndose hombre más activo y de más firme resolucion, y en sus últimos años abrigó ideas desfavorables á la constancia y bondad de las mujeres.

Pero por más arraigada que estuviera en él la opinion de la superioridad que el sexo más fuerte debe ejercer sobre el más débil, el encanto que para él tenia la naturaleza de la mujer, y el homenaje que el hombre debe estar dispuesto á rendirla, se vé cuando pinta á Eva, á la *Señora del Comus*, y en otros varios de sus escritos. Profesaba evidentemente la opinion de Shéridan, que las mujeres son mucho peores y mucho mejores que los hombres.

Solo ya, y peor que si hubiera estado solo, Milton empezó á idear medios para salir de tan difícil estado. La cuestion se reducía á saber si el matrimonio es un lazo indisoluble, excepto en los casos limitados por las leyes existentes, y la conclusion que dedujo despues de mucho estudio y reflexiones, fué que el divorcio podía apoyarse en otros fundamentos que los que á la sazón se tenian por tales. En 1644, al año siguiente de su matrimonio, dirigió al Parlamento un escrito titulado *Doctrina y disciplina del divorcio*. Halló que la opinion que habia concebido sobre esta materia, estaba autorizada por Martin Bucer en una peticion dirigida á Eduardo VI, y se contentó con reimprimir el juicio de este reformista, añadiendo un prefacio y una conclusion. Por este tiempo habian cobrado mucho ascendiente los Presbiterianos, y levantaron grandes clamores contra tan nueva doctrina. Intentaron que como desmoralizador de la sociedad, fuese citado Juan Milton á la barra en la Cámara de los lores; pero sus señorías no tomaron la cosa tan á pechos, y el acusado fué honrosamente despedido. En 1645 publicó Milton otro tratado sobre el mismo asunto, titulado *Tetrachorden*, que era una exposicion de los cuatro pasajes principales de la Escritura relativos al particular. Otra publicacion se dió á luz en el mismo sentido con el título de *Colasterion*. Hubo algun escritor anónimo que intentó refutar la *Doctrina y disciplina del divorcio*, y la última produccion de Milton en punto á esta controversia, consistia en una réplica á aquella refutacion. Nunca se retractó de las opiniones que habia manifestado, y los que las aceptaron fueron por algunos llamados Miltonistas. Lo fundamental de su doctrina era «que por la ley de Moisés, además del adulterio, existian otras razones de divorcio, que debian tener presentes los magistrados cristianos como providencias de justicia, y que no debian contrariarse las palabras de Jesucristo; finalmente, que el prohibir absolutamente toda especie de divorcio, excepto en los casos previstos por Moisés, era contra la razon de la ley. La principal proposicion era esta: que siendo la indisposicion, la ineptitud ó la contrariedad de ánimo producidas por causas